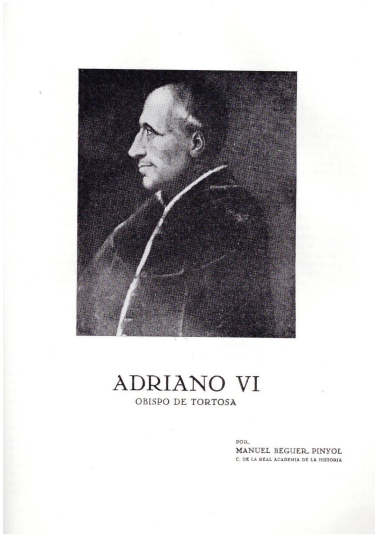




ADRIANO VI
OBISPO DE TORTOSA

POPE
MANUEL REGIER, RENOVA
C. DE REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Nacimos así fuera de lugar al nacimiento, en esta página exaltados de la gloria católica, de un gran prelado como lo fue D. Adriano de Florencia, o de Utrecht, quien honra sobrehumanamente a nuestra gloriosa diócesis, distinguiendo y/o buscando entre las que más desde los últimos tiempos de su creación apostólica. Y no la enorme fama de lugar primero, porque encaja de lleno en los deseos de quienes anualmente nos hablan una línea disuasiva de nuestros grandes: patria, y segunda, porque cuantos siglos, desde breves días, al colompiamos Pontifical que, con severa pompa, se celebra en la Catedral de Tortosa, el día grande de la Cruz, festividad de nuestra excoibita Patria, han de evocar fuertemente la memoria de este nuestro Obispo desde el supremo Pontificado. El prelado oficiano aquí da es siempre el Obispo de Tortosa y así, como tal, el obispo rito, el cónclave de papa, propio de los Cardenales de la Santa Iglesia Romana. Visiudad y reverencia de los momentos pontificales, pudieran creer que también él es un Príncipe de la Iglesia, superior en la diócesis, de aquellos Cardenales de Tortosa que se llaman Cito de Moneda, Adriano de Utrecht, Guillermo Händford o Agustín de Spínola. Pero no. Es, sencillamente, el sucesor en la sede de Tortosa del Papa Adriano VI.

Quizás no hay otra diócesis en España que haya precedido, como la nuestra, con indecible gozo, la sorprendente ceremonia de ver alzarse en su Catedral a su propio prelado, como Pontifex Massimo de la Cristiandad. Fue honor le otorgado a ella por la divina Providencia. Especimenmente tres siglos y medio antes habido ocurrido, independientemente mayor el culaje bajo las bridas de su Sen, entonces empujados, a la Santa de Celos y Tierra cuando, acompañada de cónclave corpijo, se llegó a la nuestra, en prodigiosa y memorable noche, para poner ante el don sublimado de su Santa Cruz. Encajada en aquel entonces por la Misión de Dios para poner ante, lo fue después por el Vicario de Cristo, su Hijo, para demostrar el suyo a sus feligreses antes de partir para Roma a fin de ser coronado Papa. Este hecho merece ser destacado. Pero es la vida toda de Adriano de Utrecht, distinguido teólogo y escritor, prudente y piadoso —alguno siempre

de tenerse en la memoria, según sea de sus biógrafos— la que conviene destacar, y muy particularmente aquellos sucesos que de este Obispo, trucidado en Papa, conserva la ciudad y diócesis de Tortosa, por el espíritu desde que una veta antes de ser elevado a la Catedral de San Pedro.

Nacido en Utrecht en 1479, estudió en Lovaina, y la fama de su saber y de sus virtudes le llevó a desempeñar la Catedral de Teología en la universidad de aquella cétrica ciudad, de la que fue luego vicerrector. Era doctor en la Iglesia Mayor cuando fue elegido por Maximiliano de Austria para gobernar de su reino Carlos I de España y V de Alemania y enviado, al cabo de un tiempo, como embajador cerca de nuestro rey Fernando el Católico, abuelo también del futuro César. Con aprobación pontificia despidió este para Obispo de Tortosa, de cuya sede tomó posesión el 11 de noviembre de 1516, y a los pocos meses —el 27 de junio siguiente— fue creado Cardenal, con el título de San Juan y San Pablo, por S. León X, el que había de suceder en el solio pontifical.

Cuando Carlos I, el Emperador, partió hacia Alemania para ser allí coronado en 1520, el Cardenal Adriano fue nombrado Gobernador del Reino durante su ausencia y hallándose en Vitoria por asuntos de la gobernación del Estado, recibió, a fines de agosto de 1521, la inesperada noticia de haber sido elegido Papa el 10 de aquel mes, día en que acudió el librero Conclavero que siguió a la muerte de León X.

Una lección los corre por aquel entonces y tardó en meditar el suceso. Al momento, aludido, el noble español que como protobispo del Cardinal Cardenal trajo de Roma el breve de su elección, no pudo llegar a Vitoria hasta el 10 de febrero, a raíz de la cantidad de gente, acumulada aquellos días en los caminos que había de recorrer el breve mismo. El Santo Padre, recordando la gran responsabilidad del cargo, no se decidió a aceptar, cosa que hizo, por fin, diez días después, cuando ya había pasado de madura reflexión, el día 16, en presencia de numerosos prelados que podían aconsejar.

El 27 de aquel mes, el Cabildo de la Catedral de Tortosa, condecorado de la noticia, dedicó una comisión de su seno para que fuera a Vitoria a cumplimentar a su prelado y expresarle el gozo con que la ciudad había visto su elección al solio pontifical. La Integración, según el historiador

Macip, D. Miguel Bonell, dignidad de Camarero, D. Francisco de Oliver, Prior Catedral, D. Juan Pío, dignidad de Sacrista, el conde D. Juan Llerena, y el Padre Maestro Fray Baltasar Soria, de la Orden de Predicadores, prestigiosos letrados de nuestra Sen, cargo equivalente, en cierto modo, al de Magister. Recibida en audiencia por el Santo Padre, el doctor Bonell pronunció en latín un muy discreto discurso preliminar, al que contestó la Señalada con frases muy alicianosas para la Iglesia de Tortosa, el decir de los historiadores, presentándole vicio a despedirse de sus diócesanos antes de partir para la Ciudad Eterna.

La comisión regresó muy satisfecha de la acogida recibida, pero seguramente en fecha muy anterior a la que comienza O'Callaghan en su «Historia», ya que el 12 de marzo, según el autor del «Itinerario de Adriano VI», salió de Vitoria el Papa en dirección de Zaragoza y Tortosa, en cumplimiento de sus deseos y de la promesa hecha a aquellos capitales. Con gran acompañamiento de gobernadores, nobles y magnates, se dirigió a Logroño, pasando por Santa Domingo de la Calzada, y desde allí a Zaragoza, donde representó varios días. Pasado por Capa y Tena y «estrechando pequeñas aldeas y caminos casi inaccesibles llegó, no sin fatiga, a la capital de su diócesis, según nos dice el Dr. D. Blas Ortiz, autor de aquel «Itinerario» antes citado, la vigilia del día del Corpus Christi, cuando en la ciudad por un puente de madera, que no era otro que nuestro vicio y famoso puente de bucas. Chocó al referirnos la diferencia de trato y de costumbres de los catalanes, y nos dice que aunque la ciudad parecía próspera y la alegría por la feña llegada de un tan gran Pastor, se entristeció al darse cuenta de que no mostraron «otra ciudad de Castilla o Aragón». Hospedado el Pontífice en el palacio episcopal, y a la mañana siguiente, con motivo de la gran festividad del día, ofició en la Catedral, llevando con sus propias manos el Santísimo Sacramento en la solennísima procesión, a la que asistieron gran número de prelados, caballeros, señores de gala y una gran concurrencia de fieles. Y en el curso del sermón, aludido de la misma palabra del cardenal Blas Ortiz⁽¹⁾, aparece el Papa en aquella ocasión como un nuevo David, a causa de la espiritual alegría y gran fervor que al exterior mostraba en tan gran solemnidad. Terminada las ceremonias, que difiere

volvieron a verse en nuestra Sen, el Obispo-Papa regresó con gran acompañamiento a su palacio, y parece ser que al bueno de don Blas no le parecían a los tortosinos tan frías o apáticas como el día anterior.

El Padre Santo, no obstante su ansiedad por desahogar en Roma su ministerio apostólico, no mostraba prisa por continuar su viaje. Se encontraba bien en su sede, y se prolongaba estancada demostrando cierta gran era estar entre sus feligreses. Pero nunca se olvidó un momento los intereses que le conserían. Llegó el mes de julio decidido salir para Roma, acudida por la urgencia de los acontecimientos, y el día 8, un martes, extremadamente caloroso, salió por la tarde para el puerto del barrio marino de la Lapadilla, donde embarcó, permaneciendo aquella noche y casi todo el día siguiente en el barco a causa del frío, desahogándose una sola vez al almorzar para dar un pequeño paseo antes de emprender su ruta. Después de la cena, partió con su séquito rumbo a Tarazona, para desde allí seguir a Barcelona, y desde ésta en varias etapas, a la Ciudad Eterna. El Papa había permanecido casi un mes en nuestra tierra.

Antes de dejarla, el Cabildo catedralicio le hizo algunos presentes, y entre ellos, diez Martirio en su «Historia», muestra para el trayecto por un valor de cien ducados o más, así como de amor y gratitud por haber venido a despedirse. Fue un presente práctico y necesario en aquellos tiempos en que no había facilidad de abastecimiento durante el trayecto.

Volviendo en Tarazona, ocho días antes de partir, dio nuevo preboste de amor a sus feligreses presentes en la persona de un «cambio hijo» los pecadores de la ciudad de Tortosa», repitiendo en su favor la bendición del Santo Padre, la imperial ciudad el 24 de julio de 1523, en el primer lugar a Roma. Por ella concedida permiso a los pecadores tortosinos para prezar los desmayos y días festivos, exceptuando el de Pascua de Resurrección, en el mes de los días en cualquier otra ocasión, con el fin de que con el producto de la pesca en dichos días pudiera ser redimido del cuartierio mismo aquellos pecadores, sea hijos o sus esposas, que hubieran sido capturados por los infelices, con la condición expresa de que depositaran el dinero recaudado en poder de los Regidores de la ciudad a la de la primera por otros y los

pecadores desahogada, para que lo instruyera esclavamente en el recaudo de los cuartos. Y por si ello fuera poco, encargaba a su Vicario General en la diócesis postergar a los pecadores en el pueblo, dándole de esa extremada gracia.

Es curioso constatar que llegado a Roma —donde, según Trías del académico On, Lorenzo Ribes, siguió llevando la misma vida que había llevado en su patria y en España, visto de tanto— no sólo dependiente del Obispo de Tortosa, reconvertido para sí hasta que se vió en trance de muerte. Este hecho insólito de que un Papa, tan austero y virtuoso, estuviera por el título de Obispo de la diócesis por el regido con anterioridad a su elección pontifical, demuestra el afecto que le tenía. Pero a pesar de tal prueba de amor, es que no su sucesión al frente de la diócesis gerencia del privilegio de ser el obispo cónclave, como los Cardenales, como el cuando era Bernardo el Cardenal de Tortosa. Por eso decide entonces, entre los Obispos españoles, el siguiente preboste el de nuestra diócesis por su obispo de papas. Gloria disculpa la que gana de tal privilegio. En España no conocía otra. Verdad es que ninguno otro le tenía, como la nuestra, un prelado que llegaba a Papa siempre ostentando el título original de la sede, como nuestro Adriano VI, Obispo a la vez de Tortosa y de Roma. Pero también es verdad que había otro que habiendo un Obispo-Papa, en tortosa en lugar humilde y destacado, en tortosa, con una inscripción que recorda tal honor. Quizás tengamos que dar un poco de razón a D. Blas Ortiz, conde de Calahorra y luego de Toledo, de cuya aristocracia fue Vicario General el estar en los catalanes cierta fidelidad a aqué. No hay en Tortosa una calle dedicada a honor la memoria de este Obispo-Papa, ni un retrato suyo, ni una lápida en palacio. Recordamos al menos, es cierto, como recordamos a los hijos ilustres de esta tierra, pero lo recordamos igualmente a los demás. Quizás sea siendo hora de que, existiendo nuestra legítima satisfacción, comencemos a honor a nuestros hombres preguntando sus gentes y preguntando su memoria.

Figuraba entre el séquito que acompañaba al «Sobranzo Pontifical» un fuerte escuadrón tortosino, de noble abalaje, para beneficiar de nuestra Sen, al que en un acta capitular del archivo catedralicio de Tarazona se le asigna el cargo de Ma-

yordomo del Papa. Otra distinción ésta para el Cabildo tortosino⁽²⁾. Era el cardenal dignidad de Arcebispo Mayor de nuestra Sen. D. Esteban de Guzmán, que en 1499 había regido el propio tiempo la parroquia de Gaudosa y el rico vicario la magnífica capilla abacial del Santo Sepulcro, en la que tuvo su sepultura, y el rico vicario la de los Serafines, condecorado a la vez con el título de San Juan y San Pablo, cuando fue creado Cardenal tres días antes de su muerte y de haberse coronado, con poca gracia dada de antelación, el Obispo de Tortosa, que el Papa había querido siempre conservar para sí.

En el hecho de muerte se lo dio a este clérigo flamenco, su amigo, que había de sucederle también en el Cardenalato con el mismo título de San Juan y San Pablo. En el espíritu del sepulcro se hace constar que el Papa entendió en el fati un Obispo de Tortosa. Hasta después de muerte, Adriano VI usó su antiguo nombre de obispo de Tortosa.

(1) «Historia de Adriano VI», de Macip, p. 176.

(2) «Itinerario de Adriano VI», de Macip, p. 176. Véase también el «Itinerario de Adriano VI», de Macip, p. 176. Véase también el «Itinerario de Adriano VI», de Macip, p. 176. Véase también el «Itinerario de Adriano VI», de Macip, p. 176.